

LA ANTIGUA PILA BAUTISMAL

DE LA PARROQUIA DE SAN VICENTE



Existía en la iglesia de un pobre lugar un precioso Crucifijo de un gusto artístico tal, que era digno de ser firmado por un Montañés ó un Cellini.

El abandono en que se halló la imagen del Crucificado durante muchísimo tiempo hizo en aquella joya estragos lastimosos, tantos que el Cristo quedóse á falta de algunos fragmentos, y ya la pátina iba cubriendo puras y delicadas líneas que hábil artista trazó y demás detalles anatómicos que fueron admiración de otros tiempos; pero á los ojos del menos versado en materia artística no podía ocultársele el maravilloso conjunto de aquella obra divina.

Ocurrió que el buen cura de aquel pobre lugar quiso llevar á cabo algunas *importantes* reparaciones en su iglesia, y con los productos que había recogido entre los feligreses y algunas personas piadosas en el transcurso de varios años, dió al fin comienzo á sus deseadas aspiraciones.

Preocupábale al buen señor el estado ruinoso en que se hallaba el Cristo, pues veíalo tan viejo y *despintado* que dentro de sus conocimientos y facultades artísticas ya no sentía veneración hácia aquella gastada imágen.

Pero de repente tuvo una idea que echó á rodar en su feligresía, siendo unánimemente aclamada por esta.

Del dicho al hecho no pasó más que el tiempo preciso.

Descolgó el sacristán el Crucifijo de donde fué orado por tantas generaciones, roció el cura con agua bendita para que durante el auto ninguna astilla se profanara y dióle fuego, convirtiéndose en cenizas obra de tanto y tanto valor.

Otra imagen de la misma advocación sustituyó á la vieja, muy pintada de brillante barniz y hasta con relucientes lentejuelas, de esas que se fabrican con molde.

Así quedó reparada la crasa ignorancia de aquel lugar. Al pobre cura, víctima da su ignorante torpeza, le valió de los artistas, cuando á ellos llegó el hecho, el dictado de «¡pobre iconoclasta!»

Un aventajado pintor tiene trazado sobre este suceso un hermoso asunto.

En San Sebastián, en la culta capital de Guipúzcoa, ha ocurrido, aunque nó exactamente lo que dejamos transcripto, sí algo que en mucho se le asemeja.

Hace poco menos de un año sucedió que un señor, (el nombre no hace al caso), donostiarra de pura sangre, asistía extraordinariamente satisfecho al bautizo de su primer nieto.

Efectuada la ceremonia, nuestro reciente abuelo cambió por completo; su alegría se había trocado en misteriosa nostalgia, hasta que interrogado, se supo que le había apenado en extremo el que su nieto no hubiese sido bautizado en la misma pila en donde él, sus padres y sus antecesores todos lo habían sido.

Efectivamente, la antigua pila no existía; era sin duda tosca, fea y mugrienta y por esto alguien ordenó su desaparición, colocándose en su lugar otra blanca y nueva.

Exactamente, lo del Cristo del cuento.

* * *

La pila en donde se bautizó el inmortal Cervantes se conserva con veneración en Alcalá de Henares, lo mismo que la de San Ignacio en Azpettia, y la de San Francisco Xavier en Nabarra.

De aquellas pilas de la época greco-romana, que eran de barro y algunas de metal, se conservan con gran estima en varios museos solamente toscos fragmentos.

En el museo del Louvre se guarda una pila persa, muy fea, en la cual, según tradición, fueron bautizados los hijos de San Luis.

Pudiéramos ir citando muchísimos más casos de igual índole sobre objetos de parecida importancia, curiosidad ó leyenda peregrina más ó menos verosímiles, pero que una coincidencia ó casualidad les ha valido para ser considerados por pueblos cultos como preciadísimas reliquias.

En la antigua pila de San Vicente recibieron las aguas bautismales miles y miles de donostiarras, distintas generaciones; en ella se bautizaron familias tan insignes como la de los Oquendos, Echeverris, Leizaur, Amezquetas, Illumbes, varios de los Idiaquez, la monja alférez, perteneciente á la noble stirpe de los Erausos, sabios religiosos, renombrados generales, expertos navegantes, etc.

El ilustre Padre Cardaveraz, á fines del siglo pasado, puso en boca de la mujer donostiarra, en uno de sus preciosos y castizos artículos que hermosamente escribió en bascuence, aquello de... «gu, donostiar puru puruak, San Bizenteko pontian batayatuak.»

Esa pila, maciza y fuerte como las rocas del Urgull ó del Ulía, no debiera estar fuera de Donostía; testigo fiel de tantos acontecimientos, debe permanecer en el sitio que por derecho propio le corresponde.

La pila vieja de San Vicente no es caduco miembro que ha quedado solitario sin familia y que tiene que cobijarse bajo el amparo de una casa benéfica, ¡no! Todos los donostiarras que en ella fuimos bautizados queremosla como algo nuestro, sobre toda otra íntima y cariñosa prenda; debemos venerarla así como veneramos las tumbas de nuestros antepasados y mirarla como á la cuna en donde se mecieron nuestros hijos.

La antigua pila de San Vicente, *la nuestra*, no solamente es acreedora á justa y enérgica reivindicación, sino que, á guisa de valiosísima joya merece ser engarzada entre mármoles y jaspes, y colocada, si no en su primitiva parroquia, en una de las dos nuevas del Buen Pastor ó de San Ignacio de Loyola, para que represente en los venideros tiempos edades pasadas, y sea siempre sagrado tronco de la genealogía donostiarra.

FRANCISCO LOPEZ ALÉN.

